

Fachenda alcazareña

Se planeó una comida en el monte, de las muchas que se han celebrado allí. Los comensales iban a salir de la Plaza. «Brocha» con su tñburi y la célebre yegua colorada, que cuando estaba enganchada se apoyaba en la vara para no caerse y Juanillo «Junquillo» con el suyo y un gran caballo, gordo y fanfarrón. Los que esperaban, poco prácticos, se decidieron en su mayoría por el carruaje de Juanillo, y con Reyes se quedaron los de siempre, José María Gómez, «Estrella» y Lázaro.

Juanillo salió arreando y diciendo: ¿cuántos gallos matamos, para cuando lleguéis que esté la comida?. Echaremos el arroz cuando os veamos por la casa del «Preso».

Reyes les dijo: «no dejéis uno». Y cuando salía por la Puerta Cervera, ya estaban los otros en la Altomira, pero conociendo el paño, pensaban que ya se les acabaría el gas. Y, efectivamente, al llegar a la Casa del Condecillo, estaba el caballo gordo parado en las arenas y entregado. Reyes, al pasar, le dijo a Juan; «como no te echas tú el horcate, estais ahí pa rato». La colorada pasó sonando los cascabeles y llegó al monte sin mostrar cansancio y cuando llegaron los otros, los recibieron con tajadas fritas ya y un buen trago, en puchero de barro, como le gustaba a Reyes, con la consiguiente broma a cargo de las cabalgaduras y que acabó recortándole el bigote a Reyes, que al llegar a su casa no parecía él, quedando desconsolados la Ramona y los chicos, pero él, cantandillo, resolvió el apuro diciendo: «ya no me llamarán más «Brocha»; ahora me dirán pincel».

Con el alma y la vida

Entre las aficionadas al curanderismo, había en aquella época algunas que se entregaban completamente a su arte. La tía «Batalla» era una. Cada vez que tenía que mirar a alguien de asiento, iba a por una copa de aguardiente a casa de «la Montalva», se la bebía y luego le echaba el vaho al enfermo. Algunas mañanas iba diez o doce veces. Se escupía en la mano, le sobaba la barriga y le echaba el vaho, diciendo: «esto es mu güeno; esto es mu güeno», y, en efecto, aquello se arreglaba.

Mal de muchos...

Había una mujer bastante fea, a la que un vecino socarrón llamaba «el sol de la familia». Apreciación justa, porque un hermano que vendía gas, era horrible. Sin embargo, la mujer en cuestión tuvo de todo; se casó y enviudó, sin que faltara la alegría en su juventud y en su madurez.

Como una justificación ante sí misma y ante los demás, por aquello de «mal de muchos, consuelo de tontos»; cuando se hablaba de algunos que se casaban deprisa, solía decir con mucha gracia: «tampoco esos han tenido que ir al Alcalde para derechos de rompimiento»...

Las sanas intenciones pueblerinas

Había otra, tan aguda en su tiempo, que le decían la «tía Escopetilla» porque para todo tenía puntadas y nadie se veía libre de las salpicaduras.

Cuando eran novias dos de sus hijas, otra del barrio, salió con un adelanto imprevisto y al correrse entre cuchicheos la noticia de que tenían que casarla pronto, salió ella a la calle con unas mantillas diciendo: ¿a quién se las colocaremos; a quién se las doy?. Otra vecina, amiga de la adelantada, y conocedora de lo que la «Escopetilla» ignoraba, le contestó: «guárdalas, que te van a hacer falta muy pronto». Efectivamente, la hija mayor de la «Escopetilla» estaba en el mismo caso.

La rabia de la «Escopetilla» fué tal y maltrató tanto a su hija a partir de ese día, que quedó atontada y a pesar de que se casó, nunca más echó luz y el niño, debil, que nació, murió en seguida.

Arreglo de boda

Se cuenta que llegaron los familiares y el acompañamiento a casa de la novia, después de interminable preparación, en la que parecía imposible convencer al padre y poner de acuerdo a la familia para dar el paso de pedirla.

Se sentaron, fatigosos de emoción y después de largo rato dijo el más atrevido: «aquí estamos».

Al cuarto de hora, respondió otro: «porque hemos venío».

Larga pausa y manifestación del padre: «pus na, que paece que los chicos se quieren».

A la media hora, el padre de ella, muy cargado de sal, responde: «pus, güeno».

Y así se terminó la reunión.